

necían al Reich alemán. Todos los intentos de oposición llevados a cabo por el emperador Segismundo —una vez, aliándose con Francia, declaró la guerra a Borgoña— fallaron en sus comienzos.

Desde 1467 está a la cabeza de la gran potencia recién creada el duque Carlos el Temerario; sus deseos van más lejos: quiere dominar hasta los Alpes, posiblemente más allá de ellos hasta Génova; fundar un Reich de mar a mar; revivir el antiguo reino lotaringio y, naturalmente, llegar a ser rey. En el año 1469 logra poner pie en Alsacia. El habsburgués Segismundo del Tirol, cargado de deudas, le empeña por dinero las posesiones y derechos de su casa en Alsacia y en la Selva Negra. En 1473 cae Lorena y el duque cede a Carlos las fortalezas del país. En 1474 hubo un ataque contra Neuss, tierra del elector de Colonia; la intentona fué rechazada, pero dió claramente a entender hacia dónde señalaba la brújula los planes borgoñones: estaba en peligro la orilla izquierda del Rin.

Este peligro no fué conjurado por el Reich, ni por el emperador, ni por la Dieta del Reich, sino por una coalición de las ciudades y de los príncipes perjudicados del alto Rin, aliados con Suiza, que, con un resuelto ataque iniciaron el rápido fin del esplendor de Borgoña, Alsacia y Lorena. Cuando en enero de 1477, en el campo de batalla de Nancy, Carlos el Temerario perdió, juntamente con la victoria, su último ejército y también la vida, Alsacia quedó libre, y se salvó la orilla izquierda del Rin. Fué un episodio, pero este mismo episodio iluminó crudamente la situación del Reich: la carencia de defensas. ¿Y quién podía decir que con la muerte de Carlos hubiera pasado definitivamente el peligro en occidente? ¿O si tal vez, muy pronto, otro comenzaría el mismo

juego con mejor fortuna? Todo dependía de lo que aconteciera con el reino de Borgoña, que el duque había dejado en herencia a su única hija. Si casualmente se apoderaba de él su dueño por investidura feudataria hereditaria, el rey de Francia, y con la posesión retomaba simultáneamente el cometido y las intenciones de su predecesor, volverían a presentarse, y en mayor grado, los peligros con que había amenazado Carlos el Temerario al Reich alemán.

Al mismo tiempo, en el este se acumulaban nubes funestas. Desde 1468 se había iniciado la lucha por Bohemia. Matías Corvino, rey de Hungría, había comenzado a conquistar el país, pero antes del resultado definitivo había muerto Jorge Podiebrad (1471), Polonia se había entrometido y los dos conquistadores habían repartido el botín: el reino de Bohemia propiamente dicho lo recibió un príncipe polaco, mientras que las regiones vecinas de Moravia, Silesia y Lusacia se las incorporó Hungría. ¿Por cuánto tiempo permanecería satisfecho con ello el magiar victorioso? Austria que se hallaba incrustada en medio de estos territorios, no se había atrevido a intervenir en la guerra de Bohemia porque su príncipe se consideraba demasiado débil; pero este príncipe no era otro que el emperador alemán Federico III. El emperador y el Reich ya no tenían ni fuerza ni valor para impedir la pérdida de territorios del Reich como Bohemia y Silesia. ¿Podrían defender a Austria?

¡Colonia y Estrasburgo en peligro por un lado; Viena por el otro! La situación no podía ser peor. Con toda su fuerza pesaba sobre Alemania el problema del doble frente. El Reich parecía destinado a la misma suerte corrida, tarde o temprano, por tantos países en la misma situación: el reparto entre los vecinos.

Pero a esto no se llegó. Una vez más la suerte cambió su curso; el peligro se alejó, y se abrieron nuevas posibilidades por una caprichosa conexión de acontecimientos que elevaron a la casa de Habsburgo a gran potencia, a potencia mundial, con lo que adquirió también Alemania, por un tiempo, mayor prestigio y protección más fuerte.

CAPÍTULO SEXTO

Estado territorial y principes territoriales desde el siglo XV — El emperador Federico III — El casamiento borgoñón — Maximiliano I — La herencia española — La elección del emperador Carlos V — La política dinástica de los Habsburgo — Alemania bajo el dominio extranjero.

No se podría afirmar que el Reich careciese de probabilidades de triunfo al aceptar la lucha en ambos frentes. Tal vez las fuerzas hubiesen alcanzado aún. Si bien Alemania no poseía una población muy numerosa —Francia en aquel entonces tenía más habitantes—, contaba con mejor elemento en soldados, de lo que tampoco el rey de Francia podía prescindir. Alemania era superior en todo sentido a los vecinos del este, y haciendo una política hábil podía contar además con aliados en occidente. La lucha no hubiera sido por lo tanto desesperada. Condición previa era, de todos modos, una situación correspondiente en el interior: las fuerzas existentes hubieran debido fundirse orgánicamente en una voluntad unitaria. En otras palabras: el Reich hubiera debido formar una unidad.

En la práctica era todo lo contrario. Precisamente, el siglo XV es el período de mayor desunión de las fuerzas, de la misma manera que es la era del interregno, la del florecimiento de los estados territoriales, que han hecho grandes progresos y que en su esfera no es poco lo que han alcanzado. La mayor parte se han librado de la anarquía